



Paz y Bien

III Domingo de Cuaresma



(27-02-05)

“Petra autem erat Christus” (I Cor. 10,4)

Nada es más importante para nuestro itinerario cuaresmal, que la idea de que la gracia de Dios precede a todas nuestras acciones, siendo nosotros todavía pecadores.

“El hombre no puede entrar en comunión con Dios si el Señor no lo precede” (S. Agustín).

El elemento, el símbolo que une las lecturas, es la piedra de la que brota agua y sacia la sed del pueblo judío; pues esa roca que salvó la vida del pueblo, prefigura a Cristo, del que brota el agua viva. San Pablo expresa esta relación al afirmar:

“La piedra era Cristo” (I Cor. 10,4)

Por otro lado podríamos definir al hombre como un ser sediento, sediento de Dios, sediento de eternidad; y no encuentra en la creación nada que sacie esta sed. Recordemos la conocida afirmación de S. Agustín:

“Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto mientras no descanse en ti”.

Muchas veces intentamos apagar esta sed, bebiendo de aguas contaminadas, que terminan dañando nuestra dignidad.

En la primera lectura, vemos como el pueblo, torturado por la sed en el desierto, murmura contra Moisés y en el fondo contra Dios. El pueblo ha provocado a Dios, le “ha tentado”. Es el mismo pecado hacia el que el diablo quiso atraer también a Cristo en el desierto. Dios se apiada del pueblo judío y hace brotar agua de la roca más dura y seca.

Este episodio de la travesía del desierto se convertirá en el N.T. en un tema fundamental en la historia de la Salvación.

Para los primeros judíos-cristianos, la Piedra en relación con el bautismo, significó la fuente de Vida como la del desierto de la que bebió el pueblo sediento para no morir.

Los Padres de la Iglesia, vieron en la roca a Cristo de donde brota el agua viva. Así, “el agua que brota del costado de Cristo en la cruz, aparece como la continuación del agua que brota de la roca” (Gregorio de Elvira).

Hermanos, el mundo está sediento de Dios, y el bautismo, “es una fuente de agua viva que Cristo ha hecho brotar en el desierto” (S. Justino).

El episodio de la roca se convierte, en la segunda lectura, en una especie de justificación de la doctrina de S. Pablo sobre la gracia que hemos recibido de Dios sin ningún mérito de nuestra parte: “...cuando todavía éramos débiles; Cristo, en el tiempo señalado murió por los pecadores” (Rom. 5,5 ss)

Así las dos lecturas preparan el maravilloso diálogo de Jesús con la samaritana, en el que podemos distinguir un verdadero proceso de conversión, mediante el ofrecimiento de la gracia.

La primer oferta de la gracia, es el paradójico ruego de Jesús para que le dé de beber. “Pide de beber y promete una bebida. Se presenta como quien está necesitado y tiene en abundancia para saciar a los demás” (S. Agustín).

En segundo lugar, la oferta del agua viva, el don celeste de la vida eterna oferta que la pecadora es incapaz de comprender.

Solo la tercera gracia, encuentra eco en el cerrado corazón de la mujer, llevada por Jesús, se confiesa. “Aquí es cuando el agua de la gracia ha penetrado el fondo del alma de la pecadora, la ha purificado y la ha impulsado a la acción apostólica” (Von Balthasar).

Hermanos, este itinerario de conversión de la Samaritana, es el de cada uno de nosotros, que solo saciamos, o somos saciados de nuestra sed existencial cuando aceptamos el agua viva que brota del Señor, esto supone aceptar que tengo sed de Dios, y humildemente abreviar en esta Fuente ya que ser cristiano no es fruto de orgullosa presunción sino de humilde confesión. (S. Agustín):

Por último, es la situación humilde de una despreciada Samaritana lo que hace que Jesús “ponga los ojos en su pequeñez” (Lc. 1,48) y le muestre (v. 10) que no es Él quien pide, sino quien da.

Se cumple así, en Cristo lo que afirma el salmo 77,16 “Sacó torrentes de la peña, hizo salir agua como ríos”.

Que el buen Dios aumente nuestra sed de su amor y de su gracia.

Amén

G. in D.